

asamblea filológica fué obsequiada con una jira báquica. Báquica no me parece muy cortés, pues conviene advertir que, excepto el ministro, el famoso Ives Guyot, nadie llegó a lo que se llama «medios pelos». Guyot tampoco se embriagó, ni mucho menos, pero era el único de nosotros que podía exclamar:

Alegre estoy, ¡vive Dios!
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Y sin embargo, motivos habría para que a todos se nos acrecentasen los candiles, pues el beber era negro, y maravilloso que la jira no se terminase bajo las mesas, sobre todo en los invitados que no adoptaron, como yo, la precaución de estar echando siempre terroncillos de hielo en la copa...

Los más acreditados cosecheros de la comarca bordelesa habían tenido a gala brindarnos las pruebas de sus mejores marcas y de sus más añejas botellas. Hubo alguna que había ido y vuelto a la India, que es el sello de perfección del vino, y que costaba, en su cueva, ciento veinticinco o ciento cincuenta francos. Yo deploraba que me sirviesen tal néctar. Tocino en casa del judío... No diré que no distinguiese este licor de un Médoc vulgar, de a tres francos; pero, distinguiéndolo — tal vez más en el olor que en el sabor — no lo apreciaba lo suficiente para que no fuese un pecado malgastarlo conmigo.

Cuarenta, o cosa así, fueron los cosecheros que nos obsequiaron con los productos de su bodega, en el almuerzo que nos sirvieron, y todos hubiesen mirado como un desaire que no probásemos lo que nos ofrecían tan amablemente. Y todavía, por la tarde, nos llevaron a visitar las bodegas de Chateau Lafite y Chateau Margaux, cuyos tesoros fué preciso gustar, por el catavinos de antigua forma. Todos los que han leído novelas saben que, para salvarse del veneno, hay un recurso clásico: verter con disimulo en el suelo la copa, fingiendo haberla apurado. Así tuve que hacer en Chateau Margaux, para evitar mayores males.

No debe de reinar animación ahora en ese país de los *vignobles*, donde se crían, si no los mejores vinos de Francia, pues no hay que olvidar el Borgogna, siquiera los más agradables, los más conocidos en el mundo entero, gala de las mesas y triunfo del buen gusto, pues el Burdeos es un vino elegante, delicado, sin brutalidad, muy en armonía con el estilo francés. La guerra habrá hecho del Burdeos un vino de convalecientes. Todo es tristeza, cuando la guerra se prolonga de esta manera aplastante. Yo sé de una familia francesa que ha perdido ya tres hijos. Son, como dijo el poeta, cosas de lágrimas...

A veces, personas que no conozco me escriben desde las trincheras o desde los hospitales. El estruendo de la lucha no ha conseguido extinguir la afición a la lectura, a la literatura. Hay quien lee, entre dos visitas del médico, que renueva apósitos y examina heridas recientes. Es una impresión singular, la de estas postales que firma un oficial, a quien acaso han amputado una pierna, e intenta distraerse, engañar el sufrimiento, con un cuento publicado en algún semanario español. El hombre posee tal elasticidad de alma, que se ase a todo para olvidar la desventura.

Y también hay quien me escribe para preguntarme — como si Dios me hubiese otorgado el don de profecía — cuándo y cómo esta guerra feroz acabará... No me disgustaría saberlo, y en mi caso estarán todos. No faltará quien piense que, por ejemplo, el Káiser pudiera hallarse enterado del secreto del porvenir, o que el Zar tiene del asunto ideas concretas. Y a mí se me figura que ni siquiera estos señores están al tanto de lo que puede suceder. A nadie sorprenden tanto las vicisitudes del destino, como a los mismos que en ellas más directamente intervienen. A pesar de los alardes de presciencia de Napoleón, creo que antes de Waterloo ni sospechaba cómo caerían las pesas. Y entonces las guerras no eran como ahora: había en ellas más probabilidades para calcular. En esta lucha, no es posible aventurar una suposición que otras suposiciones no destruyan.

Estos días han corrido voces de hallarse gravemente enfermas muchas personas a las cuales no les duele nada. Jacinto Benavente y Fernando Díaz de Mendoza fueron del número. Naturalmente, nos alarmamos, y escribimos preguntando. Cuando la carta había salido, los periódicos ya desmentían la noticia.

No sé de dónde salen estas falsas nuevas, que vienen a añadir un recelo a tantos recelos europeos. Mientras la gente disfruta del inestimable beneficio de la salud, ¡déjenla tranquila! Por desgracia, día

vendrá en que tales noticias sean exactas, pues el tiempo todo lo destruye, y a la larga o a la corta... No nos adelantemos a la obra inexorable del tiempo, y celebremos que las personas a las cuales debemos horas de solaz y de distracción cultísima, continúen en perfecto estado, y dispuestas a renovar para nosotros y para el público aquellos gozes delicados y espirituales.

Contamos con aplaudir este año a los dos, al autor y al actor, y no concebimos a Madrid sin Teatro de la Princesa, y al Teatro de la Princesa sin Fernando Díaz de Mendoza, que ha llegado a ser, entre nosotros, una institución. Hay cosas que no se discuten ni se analizan, y una de ellas es esta influencia poderosa, sobre nuestra escena, de la pareja Mendoza Guerrero. Por medio de ella hemos recibido, en los quince o veinte años últimos, todo el jugo artístico; diversas etapas de nuestra Musa dramática y cómica les pertenecen, y les pertenece también la iniciación del teatro extranjero, al menos en gran parte. Si ha habido en nuestra dramaturgia renovaciones, han sido igualmente la renovación de la pareja que, proteizando, siguió con ductilidad no vista los cambios del gusto. No sólo los siguió, sino que supo adelantarse a ellos. Este año, por ejemplo, nos ofrecieron Fernando y María un espectáculo original o, por lo menos, desconocido aquí: el teatro chino. Francamente debo decir que no ha sido cosa que me convenciese; creo que China mantiene su superioridad en las porcelanas y en las telas bordadas; pero yo me di cuenta de lo que tuvo de civilizador el intento de los esposos. Nuestro teatro ha sido cosa muy encerrada en sí misma, por largos años, y siguió siéndolo en la larga época de D. José Echegaray, en que pareció aprisionarnos un molde rígido, invariable, el que forjó aquel dictador de la escena, que le daba leyes. Al eclipsarse el astro del autor de *O locura o santidad*, María y Fernando se echaron a buscar y descubrir caminos.

Fué para el caso muy ventajoso que Fernando y María no tuviesen, realmente, preferencia hacia una escuela, un estilo, un autor, una tendencia dada. Cuando los románticos invadieron el teatro, en Francia, capitaneados por Víctor Hugo y Alejandro Dumas padre, en la brega de implantar su innovación dramática, encontraron una oposición cerrada en las actrices y actores, que estaban por la tragedia clásica y no se avenían a los nuevos tipos que se les quería hacer representar. A no haberse muerto oportunamente Talma, sería más difícil aclimatar el romanticismo. De esta parcialidad de los actores y actrices se cuentan anécdotas muy divertidas. Nada semejante cabe achacar a María y a Fernando. Llegado el momento en que el reloj implacable marcó la hora de la desaparición de Echegaray (digo desaparición en el sentido teatral), los actores que habían encarnado tantas de sus creaciones, la *Marina*, el *Loco Dios*, no se obstinaron en una estéril lucha: reconocieron que el público era amo y señor, y que tiene razón siempre. Y pasaron a Benavente, y al teatro poético, y al teatro legendario, y al teatro de procedencia francesa, y a todos los teatros que vienen presentando sucesivamente, con tenacidad y valor, buscando la veta de lo que puede atraer más o menos al público, y llegando, animosos, hasta las chimerías filosóficas de Businguin el Grande, hasta ascender al cielo por los peldaños de una escalera de mano, y navegar sobre las tablas del escenario, imaginariamente...

No contentos con las tentativas reiteradas por cuenta propia, han dado hospitalidad, bizarramente, a otros artistas, a otras formas de arte, sin miedo a competencias, sin encogimiento pueril. En la Princesa es donde se exhiben, en otoño y primavera, las compañías venidas del extranjero o en que descuelga algún famoso actor nacional. Ahora trabaja en la Princesa la Xirgu, que es genial, y que hace un teatro de arte puro, donde figuran las obras de más fama del repertorio d'anunziano y de otros dramaturgos hondos. No sé qué suerte correrá la Xirgu, y merece correrla muy feliz; pero el público madrileño, por ahora, no se ha mostrado tan amplio de criterio como Fernando y María: la Princesa sólo se llena hasta los topes, de un elegante concurso, cuando la pareja vuelve de sus *tournées*, y empieza la temporada brillante de costumbre. El público está habituado a Fernando y María, y si supusiésemos, no lo permita Dios en muchos años, que ambos artistas hubiesen perdido sus facultades, los oiría igual, los aplaudiría igual. Han de estar en el panteón, y nosotros lo mismo, y nos levantaremos a la hora pavorosa de la media noche, a llenar el teatro y aplaudir con manos de sombra a las sombras de los ilustres actores, que cruzarán una vez más la escena...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es el momento de las vendimias. Mientras la muerte vendimia en los campos de batalla, el hombre, en los países donde todavía reina la paz — y en algunos de los que sufren la guerra — recoge el racimo, lo arroja a la prensa, y lo estruja para hacer brotar su roja sangre.

¿Os gusta el vino? Yo no lo bebo jamás. Me crí en nazarena y abstemia, y sigo profesando el culto del agua, de la hermana agua clara, casta y preciosa. No por eso dejo de comprender que se beba el zumo de las vides; acaso haya personas para las cuales el vino, en vez de ser un veneno, sea un confortativo necesario, un sostén vigorizador. En esto como en todo, puede defenderse, con argumentos de un valor muy análogo, el pro y el contra. Y cuanto menos se sistematice el vivir, más grata será la vida.

El estremecimiento de placer que otros experimentan ante una botella cubierta de telarañas, ante una copa donde resplandece el granate del caldo rancio, lo tengo yo cuando veo desprenderse, por una ladera tapizada de flores silvestres y recortados helichos, un hilo de agua, que endiamanta las hojas con goteo fino.

La civilización nos ha hecho súbditos del agua. que necesitamos por dentro, y, aun más, por fuera. Cuando se viaja en ferrocarril, llega a ser un suplicio la privación de agua en la piel. Ya sé que existen, en los trenes, unos chiribitiles llamados lavabos, en los cuales, oficialmente, debe haber agua caliente y fría, suficiente para que os lavéis las manos y la cara, por lo menos. Pero ese *confort* está, como otras muchas cosas, pintado en la pared. Cuando entráis en el *lavabo*, lo que encontráis en él es un grifo o dos que no funcionan, es decir, que funcionan, pero que no dan gota de líquido, y una repugnante suciedad, de la cual huís. Cuando se reclama, la respuesta es clásica, elocuente en su laconismo. «¿Qué quiere usted?»

¡Qué he de querer! Cualquiera lo adivina. Es la verdadera molestia del viaje, no poder refrescarse el rostro con una esponja húmeda, para barrer la carbonilla que se ha pegado a él... Y no hay sino resignarse.

También sería grato, en el mismo tren, encontrar agua fresca para beber, y no habría refinamiento más fácil, pues no faltan corrientes de aire para enfriarla. Comprendo perfectamente a los del botijo, y además, encuentro que el botijo es una institución simpática y respetable. El agua sólo se conserva un poco agradable en los ingeniosos botijos. Ahora que tantas cosas se estudian, ¿por qué no se estudiará el origen del botijo, que debe remontarse a las edades prehistóricas?

Volviendo a las vendimias, diré que sería lástima que los médicos, o por mejor decir, parte de los médicos, triunfasen en su campaña contra el vino. No sólo matarían una riqueza incalculable, sino que restarían a la pobre humanidad un placer; y no está tan sobrada de ellos, que no deba respetarse su derecho a aprovechar los que encuentre.

Hay quien paladea el vino añejo, el vino selecto, con una fruición que, si no para en borrachera, sino rebasa el límite del deleite gastronómico es un elemento de dicha transitoria... ¿Acaso hay alguna eterna? Ni aun muy duradera... Dejemos pues al aficionado a embalsamarse la boca y el paladar, y sentir nacer, al fomento del generoso espíritu, pensamientos que reaniman el alma...

Hay horas en que los agudados sentimientos no poder disfrutar de ese inocente goce; tal me sucedió cuando fui invitada a una jira en el Médoc. ¡Buena ocasión perdida, para un aficionado legítimo!

Yo había ido a Burdeos, a dar una conferencia en la Exposición, e invitada por la Sociedad Filarmónica al Congreso de las lenguas romances. Esta